



## Homilía

### Basílica Superior de San Francisco – Asís

7 de marzo de 2026

Lecturas: Miq 7, 14-15.18-20 | Sal 102 | Lc 15, 1-3.11-32

Estimados Hermanos y Hermanas,

*¡El Señor less dé la paz!*

Celebramos la Eucaristía en esta magnífica Basílica que, a través de los frescos de Giotto, nos narra la vida de Francisco de Asís, mientras que en la Basílica inferior veneramos lo que queda de su cuerpo, memoria viva de una vida entregada totalmente a Cristo. Un amor que lo consumió y lo convirtió en aquel grano que, caído en la tierra, da mucho fruto: “si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24). Este fruto ha sido abundante a lo largo de los siglos, y lo contemplamos también hoy, aquí ante nosotros, en tantos hermanos y hermanas de la familia franciscana, así como en tantas mujeres y hombres que, aun siendo distintos entre sí, reconocen en Francisco una señal singular, una palabra única, una luz que orienta y una inspiración viva. Su herencia permanece fecunda, y de este grano seguirá brotando fruto hasta el fin de los siglos.

¿Por qué hemos venido hasta aquí para venerar – y de manera extraordinaria también ver – los venerados huesos de San Francisco? ¿Tal vez por una forma de religiosidad antigua? ¿Por curiosidad? ¿O quizás porque esperamos encontrar finalmente algo o a alguien? Creo que, en el fondo, estamos aquí sobre todo porque seguimos sintiéndonos atraídos por este hombre; porque en él hemos reconocido –aunque sea apenas vislumbrado– el Rostro de Cristo. Es Cristo mismo quien, a través de Francisco, nos atrae y nos convoca en este lugar. Nada más.

Somos invitados por él a entrar en la casa engalanada para la fiesta de la que nos habló el Evangelio, a sentarnos en el banquete donde el ternero cebado ha sido sacrificado porque un hijo ha sido encontrado. Francisco fue ese hijo que el Señor encontró, que estrechó entre sus brazos y revistió con el manto nuevo. Francisco fue ese hijo a quien el Señor no pudo hacer otra cosa que perdonarle los pecados y darle una vida nueva – la vida misma del Evangelio, vivida hasta el fondo, sin reservas.

Y ahora somos nosotros ese hijo que llega aquí, también con el peso de nuestros pecados. También nosotros, hijos de san Francisco, sentimos este peso, que a ratos parece aplastarnos. Sin embargo, somos consolados, porque esos pecados no son un obstáculo insuperable en nuestro camino: han ido al fondo del mar de la misericordia del Padre, como nos dijo el profeta Miqueas: “arrojará al fondo del mar todos nuestros pecados” (Miq 7,19).



*¡Acógenos en tu abrazo, Francisco, padre y hermano nuestro! Acógenos mientras venimos a buscar de nuevo tu rostro, tu bendición, tu cuerpo frágil que nos habla de Cristo porque está herido por su amor.*

*Acógenos, nosotros que estamos tan lejos de ti, de aquella llama del Evangelio que te movió y te consumió hasta el final en un amor total.*

*Acógenos, nosotros que sabemos seguir tus pasos solo desde muy lejos, a menudo cansados y apagados, más hábiles en recordarte con palabras que con la vida.*

*Acógenos, nosotros que, tan frágiles e inconstantes, deseamos siempre mantener encendida la vida según el Evangelio que nos dejaste y sigues suscitando entre nosotros, pecadores amados y perdonados.*

*Acógenos, nosotros que venimos a venerar tu cuerpo que aguarda la resurrección: no dejes que nos fascine un recuerdo lejano, religioso y sin compromiso, sino oriéntanos de nuevo a Cristo, a quien tú encontraste, amaste, seguiste hasta dejarte abrazar por la «hermana muerte» para estar siempre con Él.*

*Acógenos, nosotros que, estando aquí ante ti, Francisco, no podemos dejar de alzar los ojos hacia el mundo que arde fuera de estos espléndidos muros. Un mundo marcado por guerras que no terminan, por pueblos que sufren, por la paz reducida a negociación entre los más poderosos y ricos. En este mundo tú tienes algo que decir – y ya lo has dicho con tu vida.*

*Acógenos, nosotros que no podemos olvidar cómo un día fuiste al encuentro del Sultán Al-Kâmil. Desarmado. Sin ejército, sin poder, sin otra arma que la paz de Cristo en el rostro. Aquel gesto nos dice todavía hoy que la paz es posible, rechazando esos desiertos que las armas extienden.*

*Acógenos, nosotros que veneramos con gusto tus huesos, pero a menudo arriesgamos olvidar la carne de los pobres y los descartados de hoy, ignorándolos o – asustados y distraídos por demasiadas seguridades – alejándonos de ellos.*

Tomás de Celano, en el apéndice al Memorial (2Cel, 219), cuenta que un día un hermano estaba orando y vio a Francisco vestido con una dalmática de púrpura, seguido por una gran multitud. Algunos, separándose de la multitud, preguntaban a aquel hermano si ese era Cristo, y él respondía que sí. Otros le preguntaban si era san Francisco, y él igualmente respondía que sí. A todos ellos, dice Tomás, les parecía que Cristo y san Francisco eran una sola persona. Al final, Francisco es visto entrar en un palacio donde muchos hermanos están sentados en un banquete rebotante de delicias al que él mismo se une festivo.

He aquí tu secreto, hermano Francisco: ninguno otro y nada más que Jesucristo, Hijo de Dios e hijo de María, Alfa y Omega de la historia y de toda la creación. Ningún otro que Él, en quien podemos ser perdonados, porque amados, y por tanto enviados a anunciar a todos esta Buena Noticia de vida y de misericordia.

Estamos aquí buscando lo que queda de tu cuerpo, pero sabemos que verdaderamente no te encontramos aquí, Francisco. Tú, hombre del mundo futuro, no estás aquí: aguardas la resurrección. Llévanos contigo al encuentro con el Cristo viviente, desde esta nuestra incierta y siempre magnífica vida mortal.



En tu vida, Francisco, en las palabras preciosas que nos dejaste, en la herencia que vive en nosotros – en todas partes no encontramos más que a Jesucristo, “al que ya no ha de morir, sino que ha de vivir eternamente y ha sido glorificado” (*CtaO* 22).

¡Qué grande vergüenza sería entonces para nosotros, “siervos de Dios, que los santos hicieron las obras y nosotros, recitándolas, queremos recibir gloria y honor”. (*Adm* VI,3)!

Entonces, padre nuestro Francisco, también desde el silencio elocuente e insuperable de lo que queda de tu cuerpo mortal, dirige nuestra mirada a Cristo, nuestro Señor y hermano. Orienta nuestro corazón a su amor. Fortalece nuestra voluntad para que busquemos, amemos, adoremos y sirvamos solo a él, que con el Padre y el Espíritu Santo es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM  
*Ministro general*